

casi siempre á estos instintos de que ellos mismos participan; de manera que envanecen su imaginación incesantemente y, extendiéndola sin límites, la dirigen hacia lo gigantesco, abandonando con frecuencia lo grandioso.

De este modo se figuran atraer al punto las miradas de la multitud y fijarlas fácilmente alrededor de sí; lo cual consiguen muchas veces, porque la multitud, que no busca en la poesía sino objetos muy vastos, no tiene tiempo para considerar exactamente las proporciones de los que se le presentan, ni gusto bien cimentado para conocer en qué consisten sus desproporciones; de manera que el autor y el público se corrompen recíprocamente.

Hemos visto, por otra parte, que en los siglos democráticos las fuentes de la poesía son bellas, pero poco abundantes; así es que bien pronto se agotan, y no encontrando ya los poetas materia para lo ideal ni en lo verdadero ni en lo positivo, se separan enteramente de estos principios y crean monstruos.

No temo que la poesía de los pueblos democráticos se muestre tímida, ni que se humille en extremo; pues más bien recelo que se perderá á cada instante en las nubes, acabando por pintar regiones enteramente imaginarias. Temo, sí, que la obra de los poetas democráticos ofrezca frecuentemente imágenes inmensas é incoherentes, pinturas sobrecargadas, conjuntos extravagantes, y que los seres fantásticos salidos de su espíritu hagan recordar, algunas veces con sentimiento, el mundo real.

CAPÍTULO XIX

Algunas observaciones acerca del teatro en los pueblos democráticos.

Cuando la revolución que ha cambiado el estado social y político de un pueblo democrático empieza á mostrarse en la literatura, en el teatro es donde comúnmente se presenta desde el principio y allí permanece siempre visible.

El espectador de una obra dramática es, en cierto modo, sorprendido por la impresión que se le causa. Él no tiene tiempo de consultar su memoria ni á los inteligentes; no se ocupa de combatir las nuevas tendencias literarias, que comienzan á manifestarse en sí mismo, y cede á ellas antes de conocerlas.

Los autores conocen al instante de qué lado se inclina secretamente el gusto del público, y hacia él dirigen sus obras; las piezas dramáticas, después de haber hecho descubrir la revolución literaria que se prepara, acaban muy pronto por ponerla en práctica. El que quiera juzgar anticipadamente de la literatura de un pueblo que se hace democrático, debe estudiar su teatro.

Las piezas del teatro forman en las naciones aristocráticas la parte más democrática de la literatura. No hay goce literario más al alcance del pueblo que el que se experimenta en la escena. Para percibirlo, no se necesita preparación ni estudio, y se experimenta en medio de las preocupaciones y de la ignorancia. Cuando el amor, apenas formado por los placeres del espíritu, empieza á penetrar en alguna de las clases de los ciudadanos, inmediatamente la dirige hacia el teatro. Los teatros de las naciones aristo-

cráticas están siempre llenos de espectadores que no pertenecen á la aristocracia. Sólo en ellos sucede que las clases superiores se mezclen con las medianas y las inferiores, y que consientan, si no en recibir su voto, á lo menos en sufrir que lo den; y es donde los eruditos y los letrados han tenido siempre más dificultad en hacer prevalecer su gusto sobre el del pueblo ó impedir ser arras-trados ellos mismos por aquél. Si le es difícil á una aristocracia impedir al pueblo que asista al teatro, esto mismo hace com-prender que la multitud debe reinar allí en jefe, cuando los prin-cipios democráticos, penetrando en las leyes y en las costumbres, confundan las clases, acerquen las inteligencias, como las fortu-nas, y la clase superior pierda, con sus riquezas hereditarias, su poder, sus tradiciones y sus comodidades.

Los gustos y los instintos naturales de los pueblos democrá-ticos en materia de literatura se manifestarán, pues, desde luego, en el teatro, y aun puede preverse que se introducirán allí con vio-lencia. Las leyes literarias de la aristocracia se modificarán poco á poco, y, por decirlo así, de una manera legal, en todos los escri-tos; pero en el teatro serán derrocadas por tumultos. El teatro saca á luz la mayor parte de las cualidades y casi todos los vicios inherentes á las literaturas democráticas.

Los pueblos democráticos hacen un mediano aprecio de la eru-dición, y no se cuidan de saber á fondo lo que sucedía en Roma y en Atenas; quieren que se les hable de sí mismos, y reclaman el cuadro de lo presente.

Cuando los héroes y las costumbres de la antigüedad se repro-ducen con frecuencia en la escena y se guarda fidelidad á las tradiciones antiguas, esto basta para inferir que las clases demo-cráticas no dominan en el teatro.

Racine se excusa con mucha humildad en el prefacio de *Bri-tannicus* de haber comprendido á Junia en el número de las ves-tales, entre las cuales, según dice Aulu-Gelle, «no se recibía ningun-a joven antes de la edad de seis años ni después de los diez». Puede creerse que si él hubiera escrito en nuestros días, no habría pensado en acusarse ó defenderse de semejante delito.

Un hecho igual me instruye, no sólo del estado de la literatura en el tiempo á que se refiere, sino también de la sociedad misma. Un teatro democrático no prueba que la nación sea democrática,

pues, como acabamos de manifestar, en las aristocracias mismas puede suceder que los gustos democráticos influyan en la escena; pero cuando el espíritu aristocrático reina solo en el teatro, ello demuestra invariablemente que la sociedad entera es aristocrática y se puede afirmar resueltamente, que esta misma clase erudita y letrada que dirige á los autores manda á los ciudadanos y hasta en los negocios.

Es muy raro que los gustos refinados y las inclinaciones alta-neras de la aristocracia cuando gobierna el teatro, no la conduzca, por decirlo así, á hacer una elección en la naturaleza humana; ciertas condiciones sociales la interesan principalmente, y se com-place en verlas representadas en la escena; ciertas virtudes y aun ciertos vicios le parecen más dignos de reproducirse; considera, por lo mismo, más grato el cuadro de estos objetos y aleja de su vista todos los demás. En el teatro, como fuera de él, la aristocra-cia no quiere jamás encontrar sino grandes señores, y sólo los re-yes la conmueven. Lo mismo sucede en cuanto al estilo. Una aris-tocracia impone á los autores dramáticos ciertas maneras de de-cir, y quiere que todo se diga en este tono. Así es que el teatro llega con frecuencia á no pintar al hombre más que por un lado, y aun á representar algunas veces lo que no encuentra en la na-turaleza humana, pudiéndose decir que se eleva hasta salir de ella misma.

En las sociedades democráticas los espectadores no hacen se-mejantes preferencias, y dejan ver raras veces tales antipatías; de-sean encontrar en la escena la mezcla confusa de condiciones, de sentimientos y de ideas que presencian todos los días, y en-tonces el teatro viene á ser más interesante, más vulgar y más verdadero. Sin embargo, los que en tiempos democráticos escriben para el teatro, se separan también algunas veces de la naturaleza humana; pero lo hacen por el lado opuesto al de sus antecesores, y, á fuerza de querer reproducir minuciosamente las pequeñas sin-gularidades del momento presente y la fisonomía particular de ciertos hombres, se olvidan de trazar los caracteres generales de la especie.

Luego que las clases democráticas reinan en el teatro, intro-ducen tanta libertad en la manera de tratar el asunto, como en la elección misma de él.

Siendo el amor del teatro, entre todos los gustos literarios, el más natural en los pueblos democráticos, el número de autores y el de espectadores, así como el de espectáculos, crece sin cesar entre ellos, y una multitud semejante, compuesta de elementos tan diversos y extendidos en tan distintos lugares, no puede reconocer las mismas leyes ni someterse á las mismas reglas. Resulta de esto que no puede existir absolutamente conformidad entre tan numerosos jueces, pues no sabiendo el punto en donde coincidir, dirige y da cada uno su fallo separadamente. Si el efecto de la democracia es, en general, hacer dudosas las reglas y los convencionalismos literarios, en el teatro las anula del todo para sustituirlas al capricho de cada autor y de cada público.

En el teatro, asimismo, es donde se hace ver principalmente lo que he dicho en otra parte, de una manera general, hablando del estilo y del arte en las literaturas democráticas. Cuando se leen las críticas de las obras dramáticas del siglo de Luis XIV, se sorprende uno al ver el gusto tan acentuado del público por la verosimilitud y la importancia que daba á que un hombre, permaneciendo siempre de acuerdo con él mismo, no hiciese nada que no pudiese ser fácilmente explicado y comprendido.

También es muy sorprendente la importancia que se daba entonces á las formas del lenguaje y los argumentos de palabras que se hacían á los autores dramáticos.

Parece que los hombres del siglo de Luis XIV daban un valor muy exagerado á esos detalles, que se perciben en el gabinete, pero que no se conocen en la escena; pues bien mirado, el principal objeto de una pieza es el ser representada, y su primer mérito, conmover. Esto provenía de que los espectadores de esa época eran al mismo tiempo lectores, y al salir de la representación aguardaban en su casa la obra del escritor, para acabar de juzgarla.

En las democracias se oyen las piezas del teatro, pero no se leen. La mayor parte de los que asisten á las representaciones teatrales no busca en ellas los placeres del espíritu, sino las conmociones vivas del corazón. No esperan encontrar allí una obra de literatura, sino un mero espectáculo, y con tal que el actor hable correctamente la lengua del país para hacerse entender, y que los personajes exciten la curiosidad y despierten las simpatías, están completamente satisfechos; de modo que, sin pedir nada más

á la afición, entran muy pronto en el mundo positivo. El estilo es allí menos necesario, porque en la escena no es tan fácil advertir la inobservancia de sus reglas.

En cuanto á la verosimilitud, es imposible, permaneciendo fiel á ella, ser nuevo, inesperado, ni rápido; no hay riesgo en descuidarla, porque el público la perdona fácilmente, y aun puede creerse que no se fijará en las vías por donde se le conduzca, si al fin se encuentra delante de un objeto que le conmueve. Así, jamás reprobará que se le haya enternecido á despecho de las reglas.

Los americanos dejan ver especialmente estos diversos sentimientos que acabo de describir cuando van al teatro; pero es preciso saber que sólo un corto número frecuenta éstos. Aunque los espectadores y los espectáculos se hayan aumentado prodigiosamente, después de cuarenta años, en los Estados Unidos, la población no se entrega todavía á esta especie de recreo, sino con una extrema circunspección.

Esto nace de causas que el lector ya conoce y que basta recordarle en dos palabras. Los puritanos que fundaron las repúblicas americanas no solamente eran enemigos de los placeres, sino que tenían un especial horror al teatro. Le consideraban como una diversión abominable, y mientras reinó sólo su espíritu, las representaciones dramáticas eran absolutamente desconocidas entre ellos. Tales opiniones de los primeros padres, de la colonia, han dejado huellas profundas en el ánimo de sus descendientes.

La extrema regularidad del hábito y la gran rigidez de costumbres que se observa en los Estados Unidos, han sido hasta ahora poco favorables al desarrollo del arte teatral. Es imposible que haya materia para componer dramas, en un país que no ha presenciado grandes catástrofes políticas, y en donde el amor conduce siempre, por un camino directo y fácil, al matrimonio. Gentes que emplean todos los días de la semana en hacer fortuna y el domingo en rogar á Dios, no se prestan, de modo alguno, al genio de la comedia. Un hecho sólo basta para probar que el teatro es poco popular en los Estados Unidos.

Los americanos, cuyas leyes autorizan la libertad y hasta la licencia de la palabra en todas las cosas, han sometido, sin embargo, los autores dramáticos á una especie de censura. Las re-

presentaciones dramáticas no pueden tener lugar sino cuando los regidores de la municipalidad las permiten; lo cual manifiesta bien, que los pueblos son como los individuos: se entregan sin miramientos á las principales pasiones, teniendo buen cuidado después de no dejarse arrastrar por gustos que no conocen.

No hay parte de la literatura más estrechamente ligada al estado actual de la sociedad que el teatro. El teatro de una época no puede nunca convenir á lo que la siga, si una importante revolución ha cambiado entre las dos, costumbres y leyes.

No dejan de estudiarse aún los grandes escritores de otros siglos; pero no por eso se asiste á la representación de las piezas escritas para otro público; los autores dramáticos de los tiempos pasados no existen sino en los libros.

El gusto tradicional de algunos hombres, la vanidad, la moda y el genio de un actor pueden sostener por algún tiempo ó restablecer un teatro aristocrático en el seno de una democracia; pero muy pronto declinará por sí mismo, pues si bien no se le derriba, se le abandona.

CAPÍTULO XX

De algunas tendencias particulares de los historiadores de los siglos democráticos.

Los historiadores que escriben en los siglos aristocráticos, hacen depender casi todos los acontecimientos, de la voluntad particular y del carácter de ciertos hombres, y deducen de los más mínimos accidentes las revoluciones más importantes: ellos dan un gran valor á las causas más pequeñas y frecuentemente no perciben las más grandes. Los historiadores que viven en los siglos democráticos, demuestran tendencias enteramente opuestas. La mayor parte de ellos no atribuyen casi ninguna influencia al individuo sobre el destino de la especie ni á los ciudadanos sobre la suerte del pueblo; pero, en compensación, suponen grandes causas á todos los hechos pequeños y particulares. Estas tendencias opuestas pueden explicarse.

Cuando los historiadores de los siglos aristocráticos fijan la vista sobre el teatro del mundo, descubren inmediatamente en él un pequeño número de actores principales que dirigen el drama. Estos grandes personajes, que se mantienen siempre en el proscenio, detienen su vista y la fijan, y mientras que se aplican á descubrir los motivos secretos que hacen obrar y hablar á aquéllos, olvidan absolutamente lo demás.

La importancia de las cosas que ven hacer á algunos hombres, les da una idea muy exagerada de la influencia que puede ejercer cualquiera de ellos, y los dispone, naturalmente, á creer que es

preciso siempre recurrir á la acción particular de un individuo, para explicar los movimientos de la multitud.

Cuando, por el contrario, todos los ciudadanos son independientes los unos de los otros y cada uno es por sí débil, no se descubre quien ejerza un poder muy grande ni menos muy durable, sobre la masa.

A primera vista los individuos parece que carecen absolutamente de influencia sobre ella, y podría decirse que la sociedad marcha sólo por el libre y espontáneo concurso de todos los hombres que la componen.

Esto conduce, naturalmente, al espíritu humano á inquirir la razón general que ha podido fijar á la vez tantas inteligencias, y dirigir las á la par hacia el mismo lado.

Estoy convencido de que, en las naciones democráticas, el genio, los vicios ó las virtudes de ciertos individuos retardan ó precipitan el curso natural del destino del pueblo; pero esta especie de causas fortuítas y secundarias son infinitamente más variadas, más ocultas, más complicadas, menos poderosas y, por consecuencia, más difíciles de distinguir y conocer en los tiempos de igualdad, que en los aristocráticos, en que únicamente se trata de analizar, en medio de los hechos generales, la acción particular de uno sólo ó de algunos hombres. El historiador se cansa pronto de semejante trabajo; su espíritu se pierde en medio de este laberinto, y no pudiendo llegar á percibir con claridad ni á descubrir las influencias individuales, acaba por negarlas. Prefiere entonces hablarnos del natural de los linajes, de la constitución física del país ó del espíritu de la civilización, y con menos trabajo satisface mejor al lector.

M. de Lafayette ha dicho en sus Memorias, que el sistema exagerado de causas generales era muy ventajoso á los hombres públicos de medianos talentos, y yo añadiré que también lo es á los historiadores mediocres. Él les suministra siempre algunas grandes razones, que los sacan prontamente de apuros en lo más difícil de sus escritos, y favorece la debilidad ó la pereza de su espíritu, haciendo honor á su capacidad.

Por lo que hace á mí, pienso que no hay una época en que no sea preciso atribuir una parte de los acontecimientos de este mundo á hechos muy generales, y otras, á influencias muy particulares:

estas dos causas se encuentran siempre y sólo su relación difiere. Los hechos generales explican más cosas en los siglos democráticos que en los aristocráticos, y las influencias particulares, menos. En los tiempos de aristocracia sucede lo contrario: las influencias particulares son más fuertes y las causas generales, más débiles, á no ser que se considere como una causa general el hecho mismo de la desigualdad de las condiciones, que permite á algunos individuos oponerse á las tendencias naturales de todos los otros.

Los historiadores que pretenden describir lo que pasa en las sociedades democráticas, tienen, pues, razón de atribuir una gran parte á las causas generales y de interesarse principalmente en descubrirlas; pero no en negar enteramente la acción particular de los individuos, porque sea difícil encontrarla y seguirla.

No solamente los historiadores de los siglos democráticos se inclinan á señalar á cada hecho en sí y hacer salir de ellos un sistema.

Como en los siglos aristocráticos la atención de los historiadores se dirige siempre sobre los individuos, pierden el enlace de los acontecimientos, ó más bien, no creen en un enlace semejante y el hilo de la historia les aparece interrumpido á cada instante por el paso de un hombre. En los siglos democráticos sucede al contrario, pues viendo el historiador mucho menos los actores y mucho más los actos, le es fácil establecer una filiación y un orden metódico entre éstos.

La literatura antigua, que nos ha dejado tan bellas historias, no ofrece ni un sólo gran sistema histórico, al paso que las más humildes literaturas modernas abundan en ellos. Parece que los historiadores antiguos no hacían bastante uso de estas teorías generales, de que los nuestros están siempre dispuestos á abusar. Todavía tienen una tendencia más peligrosa los que escriben en los siglos democráticos. Cuando se pierde la huella de la acción de los individuos sobre las naciones, sucede frecuentemente que el mundo se conmueve sin que se descubra el motor, y como es muy difícil averiguar y analizar las razones que, obrando separadamente sobre la voluntad de cada ciudadano, acaban por producir el movimiento del pueblo, se inclina uno á creer que este movimiento no es voluntario y que las sociedades obedecen, sin saberlo, á una fuerza superior que las domina.

Aun cuando se cree descubrir en la tierra el hecho general que dirige la voluntad particular de todos los individuos, esto no salva la libertad humana. Una causa muy vasta para aplicarse á la vez á millones de hombres y bastante fuerte para inclinarlos á todos al mismo lado, parece irresistible; cuando se ha visto que todos ceden á ella, no es difícil persuadirse de que no era posible resistirla.

Los historiadores de las épocas democráticas, no solamente niegan á algunos ciudadanos el poder de obrar sobre el destino del pueblo, sino que quitan á los pueblos mismos la facultad de modificar su propia suerte, y la someten, ya sea á una providencia inflexible, ya á una ciega fatalidad. Según ellos, cada nación está invenciblemente ligada por su posición, su origen, su natural, sus antecedentes, á cierto destino que todos sus esfuerzos no pueden cambiar. Suponen á las generaciones dependientes las unas de las otras, y remontando así, de edad en edad y de uno en otro acontecimientos necesarios, hasta el origen del mundo, hacen una fuerte é inmensa cadena que rodea y liga todo el género humano. Como no les basta mostrar las razones que produjeran los hechos, pretenden hacer ver que no podían suceder de otra manera. Consideran, por ejemplo, una nación que ha llegado á cierto punto de su historia, y afirman que se ha visto precisada á seguir el camino que la ha conducido de este modo; lo cual es más fácil que enseñar lo que hubiera debido hacer para tomar mejor ruta.

Los historiadores de los siglos aristocráticos, y particularmente los de la antigüedad, parecen dar á entender que el hombre puede hacerse dueño de su suerte y gobernar á sus semejantes con sólo aprender á dominarse á sí mismo; mientras que, recorriendo las historias escritas en nuestros días, se diría que el hombre no puede nada ni sobre él, ni sobre lo que le rodea. Los historiadores de la antigüedad enseñaban á mandar, los de nuestros tiempos no enseñan más que á obedecer. En sus escritos el autor parece frecuentemente grande, pero la humanidad es allí siempre pequeña.

Si esta doctrina de la fatalidad, que tiene tantos atractivos para los que escriben la historia en los siglos democráticos, pasando de los escritores á sus lectores, penetrase así en la masa entera de los ciudadanos y se apoderase del espíritu público, se podría prever que paralizaría muy pronto el movimiento de las nuevas sociedades, y convertiría los cristianos en turcos.

Diré además, que una doctrina semejante es en particular peligrosa en la época en que nos hallamos: nuestros contemporáneos se inclinan mucho á dudar del libre albedrío, porque cada uno de ellos se siente limitado de todos lados por su debilidad; pero conceden, sin embargo, la fuerza y la independencia á los hombres reunidos en cuerpo social. Es preciso guardarse de obscurecer esta idea, pues se trata de reanimar las almas y no de acabar de abatirlas.

CAPÍTULO XXI

De la elocuencia parlamentaria en los Estados Unidos.

En los pueblos aristocráticos, todos los hombres dependen los unos de los otros y existe entre ellos un lazo jerárquico, con cuya ayuda cada uno puede mantenerse en su lugar, y el cuerpo entero en la obediencia. Alguna cosa análoga se encuentra siempre en el seno de las asambleas políticas de estos pueblos. Los partidos se alistan allí bajo ciertos jefes, á quienes obedecen por una especie de instinto que no es sino el resultado de hábitos contraídos en otra parte, y llevan á la pequeña sociedad las costumbres de la más grande.

En los países democráticos sucede muchas veces, que un gran número de ciudadanos se dirige siempre hacia el mismo fin; pero ninguno marcha, ó por lo menos se lisonjea de no marchar, sino por sí solo. Acostumbrado á dirigir sus movimientos según sus propios impulsos, difícilmente se somete á recibir reglas de otros: tal gusto y tal uso de la independencia lo acompañan en los consejos nacionales, y si consienten en asociarse á los demás á fin de seguir un mismo designio, quiere á lo menos conservar el derecho de cooperar el éxito común, á su modo. De aquí nace que en los países democráticos, los partidos se prestan difícilmente á que se les dirija, y no se manifiestan subordinados sino cuando el peligro es muy grande, y sin embargo, la autoridad de los jefes, que en estas circunstancias puede extenderse hasta hacer obrar y hablar, no tiene casi nunca el poder de hacer callar.

En los pueblos aristocráticos, los miembros de las asambleas

políticas son al mismo tiempo los de la aristocracia. Cada uno de ellos ocupa por sí mismo un puesto elevado y estable, y el lugar que le está reservado en la asamblea es frecuentemente menos importante á su modo de ver que el que llena en el país. Esto le consuela de no figurar en la discusión de los negocios, y le dispone á no solicitar con demasiado afán una intervención que sea mediana.

En América, sucede de ordinario, que el diputado no tiene otra importancia que la que le da su posición en la asamblea; por consiguiente, le atormenta sin cesar la necesidad de adquirir predicamento en ella, y siente un deseo petulante de sacar á luz á cada momento sus ideas. No sólo se ve impulsado en este sentido por su vanidad, sino por la de sus electores y por la precisión continua de agradarlos. En los pueblos aristocráticos, el miembro del Parlamento rara vez se halla en una dependencia estrecha de los electores; frecuentemente es para ellos un representante en cierto modo necesario; algunas veces él los tiene en una completa dependencia, y si llega el caso, en fin, de que le rehusen sus sufragios, se hará con facilidad nombrar en otra parte, ó bien renunciando á la carrera pública, se reducirá á una ociosidad que tenga, sin embargo, esplendor.

En un país democrático, como los Estados Unidos, el diputado no tiene jamás prestigio durable en el ánimo de sus electores. Por pequeño que sea un cuerpo electoral, la inestabilidad democrática hace continuamente que cambie de faz, y así, es preciso cautivarle todos los días.

El diputado, por consiguiente, no está nunca seguro de aquéllos, y si le abandonan, pronto queda sin recursos, porque no tiene naturalmente una posición bastante elevada, para que pueda ser con facilidad conocido por los que no están muy cerca, y en la independencia absoluta en que viven los ciudadanos, no es de esperar que ni sus amigos ni el gobierno influyan en un cuerpo electoral que no los conoce. Toda su suerte depende del cantón que representa, y de este rincón de tierra es preciso que salga para elevarse á dominar el pueblo ó influir en los destinos del mundo.

Así, nada hay más natural que el que los miembros de las asambleas políticas en los países democráticos, piensen más en sus electores que en su mismo partido, mientras que en las aristocracias se ocupan más de su partido que de sus electores.

Mas lo que es preciso decir para satisfacer á los electores, no

es siempre lo que convendría hacer para servir á la opinión política que ellos profesan.

El interés general de un partido consiste casi siempre en que el diputado miembro de él, no hable jamás de los grandes asuntos cuando no los comprende perfectamente; que tome muy poca parte en los pequeños que embaracen la marcha de los grandes, y muchas veces, quizá, que se calle del todo. Guardar silencio es el servicio más útil que un orador mediano puede prestar á la cosa pública; mas no es así como lo entienden los electores.

La población de un cantón encarga á un ciudadano de tomar parte en el gobierno del Estado, porque ella ha concebido una idea muy vasta de su mérito, y como los hombres parecen más grandes á proporción que se encuentran rodeados de objetos más pequeños, es de creerse que la opinión que se formará del mandatario será tanto más elevada cuanto menos talentos haya entre los que él representa. Sucederá, pues, muchas veces, que los electores esperarán más de su diputado cuando debieran esperar menos y que, por incapaz que sea, no dejarán de exigirle señalados esfuerzos que correspondan á la dignidad en que le han colocado.

Independientemente del legislador del Estado, los electores ven en su representante el protector natural del cantón cerca del Parlamento y aun no están lejos de considerarle como el apoderado de cada uno de los que lo han elegido, lisonjeándose de que no desplegará menos celo en hacer valer sus intereses particulares que los del país.

Bajo tal concepto, los electores están anticipadamente seguros de que el diputado que elijan será un orador; que hablará á menudo si puede y que en caso que sea preciso limitarse, se esforzará, á lo menos, en encerrar en sus escasos discursos el examen de todos los grandes negocios del Estado, sin olvidarse ni aun de los pequeños agravios de que tienen ellos mismos que quejarse; de tal manera, que no pudiendo mostrarse con frecuencia, hará ver en cada ocasión lo que sabe hacer, y en lugar de extenderse incesantemente, se reducirá todo entero, de cuando, en cuando á un pequeño volumen, dando así una especie de compendio brillante y completo de sus comitentes y de sí mismo. Bajo tal condición es como ellos le prometen sus próximos sufragios.

Esto sólo excita la desesperación de los hombres honrados de

la clase media que, conociéndose, no serían capaces por sí mismos de manifestarse. El diputado á quien se excita de esta manera, toma la palabra, con gran disgusto de sus amigos, y lanzándose imprudentemente en medio de los más célebres oradores, embrolla el debate y fatiga á la asamblea.

Las leyes que se dirigen á hacer al elegido más dependiente del elector, no solamente modifican la conducta de los legisladores, como lo he hecho ver en otra parte, sino también su lenguaje; influyen á la vez sobre los asuntos y sobre el modo de hablar de ellos. No hay miembro del Congreso que consienta en volver á su hogar sin haberse hecho preceder al menos por un discurso ni que sufra que se le interrumpa antes de haber podido encerrar en los límites de su arenga todo lo que puede decirse con utilidad de los veinticuatro Estados de que se compone la Unión, y especialmente del distrito que representa. Muestra á sus oyentes grandes verdades generales que muchas veces él mismo no comprende y que no indica sino confusamente, y pequeñas particularidades que le es muy fácil descubrir y exponer. Sucede también que en el seno de este gran cuerpo, la discusión se hace vaga y embarazosa, y lejos de marchar directamente hacia el término que se ha propuesto, parece dirigirse á él como arrastrado. Creo que siempre se encontraría alguna cosa semejante en las asambleas públicas de las democracias.

Buenas leyes y circunstancias felices pudieran conseguir que la legislatura de un pueblo democrático se compusiese de hombres más notables que aquellos que los americanos envían á sus Congresos; pero no se impedirá jamás á los hombres mediocres que allí se encuentren, el manifestarse gustosamente y por todos lados.

El mal no parece muy fácil de curar, porque no procede sólo del reglamento de la Asamblea, sino de su constitución y hasta de la del país. Los habitantes de los Estados Unidos, parecen considerar esto desde el mismo punto de vista y acreditan su largo uso de la vida parlamentaria, no precisamente absteniéndose de los malos discursos, sino sometiendo con resolución á oírlos; parece que se resignan á ellos como á un mal que la naturaleza les ha hecho considerar inevitable.

Creemos haber dado á conocer por un lado las discusiones políticas en la democracia, hagámoslas ver ahora por el otro.

Lo que ha pasado desde hace ciento cincuenta años en el Parlamento de Inglaterra, no ha sido nunca de gran resonancia en lo exterior; las ideas y los sentimientos expresados por los oradores han hallado siempre poca simpatía, aun en los pueblos que se encuentran colocados cerca del gran teatro de la libertad británica, mientras que desde los primeros debates que tuvieron lugar en las pequeñas asambleas coloniales de América en la época de su revolución, la Europa entera se conmovió.

Esto no dependió solamente de circunstancias particulares y fortuitas, sino de causas generales y permanentes.

Yo no encuentro nada más poderoso ni admirable que un buen orador discutiendo grandes asuntos en el seno de una asamblea democrática, pues como no hay allí jamás clase alguna que tenga sus representantes encargados de sostener sus intereses, se habla siempre á la nación entera, y en nombre de toda ella. Esto engrandece el pensamiento y eleva el lenguaje.

Como los precedentes tienen muy poco imperio, y no existen allí privilegios particulares á ciertos bienes, ni derechos inherentes á ciertos cuerpos ó á ciertos hombres, el espíritu está obligado á remontarse á las verdades generales sacadas de la naturaleza humana, para tratar el asunto que le ocupa.

De esto nace en las discusiones políticas de un pueblo democrático, por pequeño que sea, un carácter de generalidad que las hace importantes para el género humano, y todos los hombres se interesan en ellas, porque se trata del hombre, que en todas partes es el mismo.

Todo lo contrario sucede en los pueblos aristocráticos; las cuestiones más generales se discuten siempre con razones particulares sacadas de los usos de una época ó de los derechos de una clase, y esto no interesa sino á la clase de que se habla ó cuando más, al pueblo en cuyo seno se encuentra ésta.

A tal causa, tanto como al poder de la nación francesa, y á las disposiciones favorables de los pueblos que las escuchan, es preciso atribuir el grande efecto que nuestras discusiones políticas producen algunas veces en el mundo.

Nuestros oradores hablan á veces á todos los hombres, aun en el caso mismo de dirigirse sólo á sus conciudadanos.

PARTE SEGUNDA

Influencia de la democracia en los sentimientos de los americanos.

CAPÍTULO PRIMERO

Por qué razón los pueblos democráticos muestran un amor más vehemente y más durable por la igualdad, que por la libertad.

No tengo necesidad de decir que la primera y la más viva pasión que la igualdad de las condiciones hace nacer, es el amor de esta misma igualdad, y no se extrañará que me ocupe de ella antes que de las otras.

Cada cual ha observado que en nuestros días y especialmente en Francia, esta pasión de la igualdad, toma cada vez un lugar más amplio en el corazón humano. Se ha dicho muchas veces que nuestros contemporáneos tenían un amor más ardiente y más tenaz por la igualdad que por la libertad; pero no encuentro que se hayan averiguado bien todavía las causas de este hecho, y por tanto yo trataré de hacerlo.

Imaginemos un punto extremo en que la libertad y la igualdad se toquen y se confundan: yo supongo que todos los ciudadanos concurrían allí al gobierno, y que cada uno tenga para ello igual derecho. No difiriendo entonces ninguno, de sus semejantes, nadie podrá ejercer un poder tiránico: en este caso, pues, los hombres